



EL BANDOLERO BARBILAMPIÑO

Antonio Delgado

EL BANDOLERO BARBILAMPIÑO



Primera edición: mayo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Delgado

ISBN: 979-13-87814-30-4

ISBN digital: 979-13-87814-31-1

Depósito legal: M-11528-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A José, un hombre de bien.

I. EL PRESO

Encaramado a un roble robusto, sentado a horcajadas sobre una rama recia que se tendía en dirección al camino, me llevé el antejo a la cara. Oculto bajo la copa espesa del árbol, dirigí la lente hacia las tres figuras que se recortaban contra el sol de la mañana, cuya luz se deslizaba ya hacia las zonas más umbrías, que aún retenían la escarcha de la noche sobre las piedras. Era una hora temprana, al poco de amanecer, cuando los conejos, nerviosos y rápidos, se afanaban en su trajín diario. Pero ninguna de estas criaturas se cruzó en mi campo de visión. En su lugar, agrandados ante mis ojos, vi y observé con atención a los dos caballistas y al caminante.

Dos de los hombres, el que iniciaba y el que cerraba la marcha, iban armados con fusiles largos, montados sobre caballos viejos, casi con seguridad desechos de alguna cuadra renovada, y entre ambos, con porte erguido, caminaba el que parecía ser un preso, con las manos atadas ante sí, unido al caballista delantero por una soga que le tiraba de las muñecas cada vez que se rezagaba un tanto.

El de delante montaba un caballo escuálido, tanto como el propio caballista, el cual debía de rondar los cuarenta. El hombre, de tez tostada y barba de varios días, vestía ropas ajadas, con múltiples remiendos, y se cubría con un sombrero de ala ancha.

El que cerraba la marcha, también reseco, aunque algo más bajo, presentaba un aspecto fatigado, calzaba albarcas de campesino y, al igual que su compañero, portaba el fusil terciado ante sí, en su funda, al lado derecho de su montura, y no cesaba de lanzar ojeadas llenas de inquietud a su alrededor. Tan solo el preso parecía sentirse más cómodo y seguro, mirando al frente, a pesar de la dureza de la caminata. Me entretuve en él con el antejo y lo observé de arriba abajo: rubio, de apariencia fuerte, vestido con chaqueta corta, calzón hasta las rodillas, polainas y botines. Caminaba erguido y no mostraba signo alguno de flaqueza. Durante unos momentos, mirándolo caminar, sentí que había algo en él que me resultaba vagamente familiar.

El frío de la corteza me incomodó y traté de acomodarme mejor, con la mala fortuna de que el antejo se me fue de las manos y fue a parar al suelo, a los pies del Nene, que ya se estaba impacientando.

—¿Qué coño haces, Curro? —vociferó—. ¿Estás majareta o qué?

No contesté y seguí con la mirada fija en los tres hombres, que ahora eran solo tres bultos en la distancia. Todo indicaba que se trataba de voluntarios realistas que conducían a un preso hacia algún punto de encuentro, donde posiblemente esperaban otros presos para llevarlos luego a todos a la cárcel de Sevilla.

—¡Zagal! ¿Me vas a contar qué es lo que pasa? —preguntó el Nene, con la paciencia casi perdida.

—Son voluntarios realistas con un preso —respondí en voz baja.

A mi lado, más abajo, apoyado en el centenario tronco, el Nene asintió y esbozó una sonrisa.

—¡Van a alegrarnos el día, zagal! —exclamó, dejando escapar el aire entre unos dientes desparejos que parecían estar rociados en la boca y que destacaban en el marco de un rostro alargado, afilado como un cuchillo.

Me incliné para mirarlo desde arriba y la curva de su espalda me pareció más prominente que nunca, destacándose sobre la alfombra verde y ocre que lo cubría todo a nuestro alrededor.

Los tres hombres se situaban ahora a menos de media legua; hacía poco que habían pasado el monte del Algarrobo y seguían una senda solitaria que atravesaba el bosque de La Sauceda, siempre en dirección norte.

—¡Baja, Curro! —ordenó mi compañero, antes de escupirse en las manos y frotarlas con satisfacción—. ¡Vamos a darles para el pelo a esos servilones!

El Nene comenzó a caminar hacia su montura resuelto, con paso enérgico, removiendo los helechos, mirtos y escobones que cubrían el suelo. Era todo nervio, delgado, fibroso, y, al decir de los bandoleros de la partida, tenía muy mala uva. Yo me cuidaba mucho de no contradecirlo, sobre todo en las noches en que el Nene no conciliaba el sueño, cuando maldecía entre dientes el día en que su suerte se torció y tuvo que dejarlo todo para partir hacia la sierra en busca de cobijo. En esos desvelos, se pasaba la mano por el cuello y se tocaba la nuez, pensando que quizá, algún día, una sogá lo dejaría colgando en el aire a unos metros del suelo.

Me distrajo un momento un águila culebrera que se lanzó en picado hasta desaparecer entre los brezos. Descabalgué del árbol apoyándome en una oquedad del tronco y me dejé caer a la tierra, recogiendo el antejo con la mano casi al tiempo de pisar el suelo. Tenía los botines mojados por el roce con

la hierba húmeda. Volví a colocar el antejo en la faltriquera y eché a caminar en pos del Nene entre alcornocos altos, encinas de copa ancha, magníficos quejigos y robles robustos.

—Les vamos a arrear candela a estos servilones —dijo El Nene cuando llegué a su altura, refiriéndose así a quienes sin duda eran seguidores de nuestro rey, Fernando VII.

La aversión del Nene hacia estos servidores del rey solo se igualaba con el odio que sentía hacia las partidas de soldados que se creaban con cierta frecuencia con el único propósito de perseguir a los que las autoridades llamaban malhechores. Fue una de estas partidas de soldados la que dio al traste con la vida pobre pero tranquila de mi compañero de fatigas en su Jauja natal, su pueblo y el mío, la partida comandada por el alférez José Gómez. Los soldados andaban batiendo la zona cercana a Jauja en busca de partidas de bandoleros como esta de la que yo formaba parte ahora y necesitaban una cama y un plato caliente. Llegaron al atardecer y, al no disponer el pueblo de un cuartel, requirieron alojamiento en la única posada que allí había, la del duque de Medinaceli, y algunos hombres fueron a mojar el gznate junto a los toneles, donde atendía, imperturbable como siempre, el Chato, a quien algún chistoso le puso ese mote porque tenía una nariz descomunal. Desde su llegada, como ocurrió algún tiempo antes en Antequera y como yo mismo vi en ocasiones posteriores, aunque no siempre era así, todo hay que decirlo, los soldados provocaron a los vecinos y se enfrentaron con algunos de ellos. Aquella tarde, dos soldados y un cabo del grupo del alférez Gómez llevaron a un vecino a una de las cuadras de la posada y, por una discusión anterior, lo hincaron de rodillas y lo apalearon hasta dejarlo moribundo, con el cuerpo hecho un cristo. De vuelta de las cuadras, satisfechos, algo cargados de vino, los soldados

se fueron a dormir la borrachera, pero el cabo decidió que aún podía echarse otro trago al colete. Quiso la fatalidad, o el destino, o cualquiera que sea la ley que apaña estas cosas, que aquel día estuviera el Nene también ahogando sus penas en aguardiente acodado sobre un tonel de vino, rumiando su mala suerte. Resultaba que la huerta que tenía arrendada al conde de Laguna Amarga le iba a proporcionar mala cosecha y, para colmo, el conde había decidido subirle el arriendo, argumentando que había que pagar la noria nueva que extraía el agua del Genil. El caso es que, al entrar en la estancia, como quiera que el Nene estorbaba ligeramente el paso acodado en el tonel, con los pies algo más lejos de la vertical de su cuerpo, el cabo se le acercó, procurando a su vez mantener la verticalidad, y abrió, sin pretenderlo, la caja de los truenos.

—Quítate de ahí, gazznápíro, y deja paso a la autoridad —le espetó.

El Nene, sin volver la cabeza para mirar a quien así se dirigía a él, con el nivel de aguardiente sobrepasándole los ojos, farfulló:

—¡Vete a la mierda!

Aunque las palabras salieron algo trastabilladas, el Nene ya había aprendido que las palabras, si son desafiantes, hay que acompañarlas con hechos, y comenzó a erguirse, mirando de soslayo a su rival, al tiempo que metía mano a la faja para tentar la navaja que siempre portaba, sobre todo cuando iba de feria o, lo que es casi lo mismo, de borrachera.

Sorprendido, seguro de sí mismo tras la protección que le proporcionaban sus galones, pensando que con aquel individuo chepudo no tenía ni para empezar, el militar le puso una mano en el hombro y exclamó:

—¡Repítelo si eres hombre!

El Nene no necesitó que se lo dijeran dos veces. Con la navaja ya entre los dedos de la mano derecha, la abrió con la izquierda, encaró al cabo y le hundió la hoja entre las costillas. El militar solo se dio cuenta de con quién se jugaba los cuartos cuando sintió el frío del acero penetrando en su pecho. Pero ya era tarde. Abrió los ojos de par en par y la boca se le torció en una mueca de estupefacción antes de desplomarse como un monigote mientras intentaba asirse, en vano, a cualquier cosa que pudiera ayudarlo a mantenerse en pie. Y no volvió a levantarse.

Al Nene se le pasó la borrachera de golpe cuando tomó conciencia de lo que acababa de hacer y voló camino del río Genil, a esconderse en los cañaverales. Fue la primera vez que sintió esa sensación que le subía del estómago hacia arriba, un fuego que le quemaba las entrañas, la misma que sentiría luego muchas veces, cada vez que tenía que vérselas con soldados o con voluntarios del rey.

Lo que vino después fue como un torbellino del que no podía escapar. La angustia de estar escondido, procurarse el sustento, la huida con lo puesto sabiendo que si lo atrapaban lo esperaba la horca, los escondites por los montes, y luego, cuando se adaptó a la vida errante, incierta y peligrosa de los proscritos, también el contrabando desde Gibraltar, llevando el género a los centros de distribución de Estepona o Marbella y, finalmente, la partida de bandoleros de la que ahora formaba parte.

—¡Andando, zagal! —ordenó el Nene, al tiempo que montaba en su caballo—. Hay que avisar a los otros y atacaremos a esos inútiles.

Mi compañero me precedió con el caballo al paso y sentí el reguero de hormigas correteándome por el estómago, como

cada vez que íbamos a llevar a cabo una emboscada. Camino abajo, viendo el trote furioso del Nene ante mí, pensé que los realistas eran hombres muertos si no lo remediaba nadie.

Dejamos atrás el llano donde estaba la ermita, algo deteriorada y de paredes desconchadas, con multitud de remiendos aquí o allá y cuyo techo se había derrumbado poco tiempo atrás, que guardaba entre sus muros el rumor de tiempos mejores, cuando había unos fieles que venían a rezar aquí, y pasamos junto al antiguo horno abovedado, parchado por muchas partes, que servía para cocer el pan y para asar la carne.

Pasado el horno, nos adentramos de nuevo en la espesura, cruzamos sobre una superficie de troncos entrelazados con soga que hacía las veces de puente sobre un arroyo, escoltado este por álamos y laureles, y descendimos, serpenteando a la par que el curso del agua, siguiendo el rumbo de uno de los muchos canutos que abundaban por allí, abriéndonos paso entre una enorme mancha de zarzaparrillas, rebollos, ruscos y helechos, y nos detuvimos ante la vieja casucha que nos servía de guarida en esta ocasión.

Los hombres de la partida necesitaron poco tiempo para ponerse en camino, toda vez que los caballos dormían detrás de una de las paredes desvencijadas de nuestra morada, protegidos entre esta y una pantalla hecha de brezos, y todos nos dirigimos hacia el lugar elegido para el asalto.

José de Badolatosa, nuestro jefe por la ausencia de José María, el cual había ido a Grazalema a no sabía yo qué asunto, eligió una pequeña elevación que miraba al camino y todos nos parapetamos tras unas rocas. Siendo nuestro veredero, José conocía, propiamente, todas las veredas, caminos, carreteras y travesías que pudiera haber en cualquier parte de An-

dalucía. Su sentido de la orientación era, con mucho, superior al nuestro, y su conocimiento de riscos, laderas, montículos, riachuelos y demás elementos de nuestro paisaje cotidiano era envidiable.

Escondido tras las rocas, me incliné hacia el cuello de mi caballo y lo acaricié, hablándole en susurros para que no se pusiera nervioso. Observé que el Nene estaba tenso a mi lado, deseoso de entrar en acción, mientras José se mantenía tranquilo, al igual que los otros dos componentes del grupo. Sabía que tanto el Cordobés como el Manchego se las habían visto en otras mucho peores, cuando luchaban contra los soldados franceses, y no eran gente que fuera a perder la calma en una emboscada.

No tardaron en asomar por una curva del camino los tres hombres.

Comprobé que el que encabezaba el grupo era un hombre alto y flaco, de tez tostada y surcada por múltiples arrugas. Vestía con calzón y albarcas, un chaleco de botones se le ajustaba por encima de la faja y se tocaba con un sombrero al que había adosado una escarapela que le daba un toque de color. El que cerraba la marcha era un calco del primero en cuanto a ropaje, excepción hecha de la montera que le cubría la cabeza. Los caballos iban al paso y poco a poco se acercaron hasta donde estábamos apostados, tras las rocas desde las que se divisaba el camino.

El Nene escupió al suelo sin dejar de mirar a los cabalistas. Miró a su derecha y consultó con los ojos a José, un hombre delgado, bajo, de piel trigueña y cara aguileña, de ojos oscuros y mirada firme, quien hizo un gesto con la palma de la mano hacia el suelo indicándole que tuviera paciencia. Mi compañero miró esta vez a su izquierda, hacia el Cordobés

y el Manchego, como un sabueso deseoso de que su amo lo suelte para ir a coger la pieza. Qué le vamos a hacer, parecían decir los otros encogiendo los hombros; el que manda manda. Teníamos el sol a la espalda y eso facilitaría el ataque. Los fusileros salían ahora de una zona umbría, hacia el pleno sol. Era el momento que había estado aguardando el de Badolatosa.

—¡Vamos por ellos! —ordenó. Como siempre desde que llegara a la partida, me rezagué unos metros para cumplir mi cometido, es decir, avisar a los demás si les venía algún peligro por la espalda y poner pies en polvorosa en caso de que la cosa se complicara y hubiera que salir zumbando a buscar ayuda. Los cuatro hombres, a los que seguí de cerca, arrearon los caballos unos metros ladera abajo y salieron al camino detrás de los realistas, que no se dieron cuenta de lo que se les venía encima hasta que oyeron las voces destempladas sobresaliendo sobre el ruido de los cascos, «que no se mueva nadie, al que se mueva lo frío a tiros», los juramentos y las blasfemias que salían de bocas de los bandoleros; y tras las voces, con el miedo ya entrando en el cuerpo de los asaltados, las caras recias de mis compañeros, con barba de varios días, el aspecto desaliñado, que completaban un cuadro fiero. Los cuatro hombres rodearon a los dos fusileros, dos para cada uno, como estaba previsto, y les colocaron la boca negra de los retacos a la altura del pecho. El que iba al frente palideció y tragó saliva para desatar el nudo que se le había hecho en la garganta y que lo había dejado mudo. Ninguno de los voluntarios del rey hizo ademán de tomar las armas.

José caracoleó con su caballo alrededor de los caballistas y los conminó a que entregaran sus armas si no querían meterse en más problemas. Los realistas sabían que se hallaban ante los dueños de las sierras y de todos los caminos de Andalucía,

donde ni el mismísimo rey, ese a quien llamaron erróneamente el Deseado, se atrevería a poner sus augustos pies.

Manteniéndome a unos pasos del grupo para cumplir las órdenes, observé las caras desencajadas de los voluntarios realistas, que tenían la mirada fija en la boca de los retacos que les apuntaban al pecho. Más pequeños que los fusiles, con el cañón más corto, los retacos eran mucho más manejables. Era mi arma preferida, sobre todo el que solía portar José María, nuestro jefe, un retaco elaborado por la mano experta del Cordobés a partir de un fusil inglés del tipo Brown Bess que cayó en nuestras manos después de un asalto, al que le recortó el cañón y lo transformó a percusión, casi tan manejable como una pistola de las que solían usar algunos viajeros, las llamadas pistolas de viaje, fabricadas en las Vascongadas, aunque otros en la partida preferían usar el trabuco de cañón de bronce, con llave modelo 1812, y algunos solo tiraban con el trabuco naranjero. En cuanto a las pistolas, teníamos casi de todo, según se iban adquiriendo en los asaltos. Los había que preferían las pistolas de charpa, que disponen de un gancho lateral para sujetarla a la charpa o bandolera, y las más pequeñas, las pistolas de faltriquera, mis preferidas, que se podían esconder en cualquier parte del cuerpo, dado su reducido tamaño, también llamadas cachorrillos o perrillos, quizá porque un tiro con una de ellas podía darle un buen bocado a cualquiera. Y luego estaban los cuchillos y las navajas, de toda clase y condición, y aquí cada cual empuñaba el que mejor se le acoplaba a la mano.

Observé de nuevo a los realistas, a quienes habían obligado a descabalar, y detuve la mirada por primera vez en el preso. Se trataba de un hombre alto, de rasgos finos, de mirada felina y penetrante de ojos claros.

Mientras el Cordobés se hacía cargo de las armas, tratándolas con mimo, el Manchego permanecía un poco al margen observando a los demás con unos ojos de mirada transparente, negros como la noche, capaces de transmitir toda la ilusión del mundo, a pesar también de que uno de los dos estaba siempre en su sitio, mirando donde debía, y el otro se torcía para otro lado porque bizqueaba un poco. Era un hombre ilustrado que había trabajado en la Corte, en Madrid. Un hombre que soñaba con volver a tener un conjunto de leyes inviolables, como la Constitución promulgada en las Cortes de Cádiz en 1812, la cual había sido declarada nula por nuestro rey, el Narizotas, el 4 de mayo de 1814, la misma fecha en la que, unos años antes, sus compatriotas se dejaban acuchillar en las calles enfrentándose a las tropas francesas.

Tras adueñarnos de los fusiles, de las pertenencias que iban en las alforjas y de cualquier cosa de valor que llevaran encima los servilones, el Nene, que aún tenía almacenado en el cuerpo odio para varios siglos, comenzó a subir el tono de sus palabras. Pie a tierra, girando alrededor de los dos voluntarios realistas, fue poco a poco calentando el ambiente con una retahíla de tacos, insultos, acusaciones y menosprecios que le salían a borbotones por la boca. Luego eligió su presa, se encaró con el de más edad y le lanzó un escupitajo a la cara. El hombre, con el cuerpo tan rígido como un palo, no se movió. Envalentonado, el bandolero lo agarró de las solapas y lo arrojó al suelo.

—¡Dadme su fusil, que lo voy a matar con él! —proclamó lleno de ira.

Todos nos miramos un instante, un tanto desconcertados, y el Cordobés, parsimonioso, le pasó uno de los fusiles que habíamos requisado en el asalto. Tomando el fusil con am-

bas manos, la derecha en la culata, la izquierda sosteniendo el cañón, el Nene se acercó el arma al cuerpo. Enseguida, con los ojos clavados en el servilón, el cual temblaba ya, montó el arma y se preparó para disparar. Un relámpago de miedo cruzó el rostro del realista. Los ojos se le abrieron como si hubiera visto al demonio. Los labios comenzaron a temblarle, y una súplica quería abrirse paso garganta arriba, mas no podía. Estaba paralizado. El Nene acarició el guardamonte y metió el dedo índice buscando el disparador.

José ya había visto bastante.

—¿Es que no te da vergüenza tirarle a un hombre rendido? —gritó, al tiempo que se situaba entre el fusil y el hombre de la escarapela en el sombrero, traspasando con la mirada a su iracundo compañero. El Nene quiso aguantar el desafío un instante, pero enseguida se arrugó ante el empuje de José, de modo que recogió un poco el fusil, relajó la postura, gruñó para mostrar su desacuerdo, juró y blasfemó, pero, a la postre, bajó el arma. Sentía el rencor comiéndole las entrañas y aún le echó una última mirada furibunda al realista. Desde el suelo, este, todavía atónito, se palpó la entepierna y notó que un líquido tibio le corría por el muslo.

—Hay que coger los caballos y largarse, que aquí ya está todo hecho —ordenó José después de recorrernos a todos con la mirada, sin relajar la tensión de la cara.

—José —intervino el Manchego—, habría que decirles un par de cosas a estos servilones antes de que se vayan.

—Abrevia, Manchego —le ordenó, conocedor del verbo hábil de su compañero en la partida. Todos estábamos pie a tierra y yo me había ocupado ya de reunir a los caballos junto a unos árboles.

El Manchego presumía de ser de los dispersos de Manzanares. A menudo contaba esa historia, la del general Manzanares y él mismo, cuando desembarcaron en la playa de Getares, cerca de Algeciras, en un vano intento de derrocar el poder real. Vestía casaca corta, calzones, polainas y botines, y se cubría la cabeza con un pañuelo anudado atrás. Con calma, se acercó a los realistas, con esa mirada extraña, a veces inquietante.

—¡Viva la Constitución! —gritó.

Los campesinos hicieron lo propio sin rechistar. Luego, elogió las ventajas de la Constitución a favor de los labradores, diciendo que estos no tendrían que pagar el diezmo entero y que se ahorrarían muchas contribuciones y lograrían beneficios.

—En España no hay libertad —prosiguió mi compañero— porque estamos sujetos a los caprichos del rey, de señoritos, alcaldes, alguaciles o de cualquiera que tenga el poder.

Los servilones se miraron perplejos, temerosos, pero al tiempo aliviados. Pensaron que más valía escuchar a un charlatán que vérselas con el otro energúmeno.

—No puede haber libertad —prosiguió el Manchego— si los hombres no son todos iguales y si no se someten todos a las mismas leyes.

Los realistas asentían, dispuestos a asumir cualquier cosa.

—¡Viva la Pepa! —finalizó el Manchego a voz en grito y los realistas corearon la consigna.

Entonces volví a fijarme en el preso, ya desatado. Rubio, ojos azules, alto, robusto, chaqueta y polainas en buen uso, botines poco gastados. No parecía un campesino ni un hombre de vida trabajada. Parecía más un aristócrata por sus finas maneras, los gestos, las manos desprovistas de callos. José de-

cedió que aquel hombre podía quedarse con nosotros, tomar un bocado y reponerse, y después volver sobre sus pasos o hacer lo que se le antojara. No íbamos a dejar a un preso en mitad del camino sin ninguna ayuda.

Quietos en el camino, observamos a los partidarios del rey mientras se alejaban caminando, sin las monturas ni las pertenencias, cabizbajos, sin hablarse. Los demás, una vez que hubieron desaparecido tras la curva, emprendimos la dirección opuesta. Marchábamos en fila, camino de nuestra guarida. Yo cerraba la comitiva, justo detrás del nuevo miembro del grupo, y todos nos dirigimos hacia nuestro campamento. Seguía observando al recién llegado, que se había presentado con el nombre de Valdés, intranquilo porque aquel fulano me resultaba vagamente familiar. Ojalá hubiera sabido entonces lo que supe después. Eso habría cambiado mucho las cosas. Todavía no sospechaba siquiera que Valdés, con el correr del tiempo, jugaría un papel determinante en mi vida. Viéndolo cabalgar delante de mí, con sus finas maneras, con el eco de su voz melosa resonando en mis oídos, tuve la impresión de que aquel sujeto no era trigo limpio.